

o de derecha a un sujeto colectivo determinado, el pueblo, entendido en sus dos acepciones: en tanto *populus* (pueblo político) y en tanto *plebs* (bajo pueblo o pueblo plebeyo) y agrega preocupaciones y debates como la «justicia social», la «soberanía popular», la «autodeterminación nacional» y la «independencia económica».

Un derivado de las concepciones nacionales y populares es el nacionalismo de liberación o revolucionario, forjado al calor de tiempos de descolonización y antimperialistas ligados a las experiencias de los años sesenta y setenta del siglo xx. Algunos ejemplos de este fenómeno pueden encontrarse no solo en Latinoamérica sino en otras latitudes del mundo. A las experiencias de Getúlio Vargas y João Goulart en Brasil, Jacobo Árbenz en Guatemala, Lázaro Cárdenas en México, el Movimiento Nacionalista Revolucionario en Bolivia, el APRA peruano, Omar Torrijos en Panamá, el Gobierno de Velasco de Alvarado en Perú y, por supuesto, el peronismo en nuestro país, hay que sumarle el Congreso Nacional Indio, el Sinn Féin irlandés, el maoísmo que dirigió la Revolución Cultural china e inauguró la China moderna; el nasserismo en Egipto, el Partido Baaz Árabe Socialista, el nacionalismo palestino bajo la conducción de Yasser Arafat y la Organización para la Liberación de Palestina y, ya dentro del bloque soviético las experiencias de Nicolae Ceausescu en Rumania y de Josip Broz Tito, quien como líder de Yugoslavia desafió el poder de Moscú. Como signo epocal, todos estos movimientos estuvieron vinculados a la Tercera Posición, los Países No Alineados o llamados de Tercer Mundo, en contraposición a la lógica binaria de la Guerra Fría instalada entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Por supuesto que cada experiencia tiene sus particularidades, pero si tuviéramos que operacionalizar su clasificación deberíamos agregar los siguientes elementos: a) una fuerte transformación social, ya sea progresista, reformista o revolucionaria, b) defensa y promoción de la cultural nacional, c) defensa del Estado-Nación, d) políticas públicas redistributivas, e) nacionalización económica e intervencionismo estatal, y f) no son supremacistas.

Supongamos que la pregunta acerca de si el peronismo es de izquierda o de derecha es necesaria responderla taxativamente. Supongamos que la conceptualización de «nacionalismo popular» no es suficientemente explicativa y además es difícil colocarla en la biblioteca de los fenómenos políticos occidentales. Y supongamos que la cuestión sobre ser de izquierda es estrictamente técnica y no valorativa en términos maniqueos de izquierda-bien y derecha-mal. Bien, bajo estos tres supuestos, es necesario pensar algunas cosas.

Obviamente, el peronismo no surge de tradiciones de izquierda, ya está aclarado en capítulos precedentes. Hijo del nacional-catolicismo, con influencias de distintas corrientes de partidos de masas europeos, el fascismo, el socialismo, atravesado por el debate sobre la Democracia Cristiana italiana, enmarcado en el Estado de bienestar de postguerra, partidario de un orden contundente, con rasgos autocráticos en sus primeros gobiernos, con recuperaciones históricopolíticas locales del rosismo y del roquismo del siglo xix y del yirigoyenismo, con un sistema valorativo tradicional y del yirigoyenismo, con un sistema valorativo empírico y pragmático, un corpus ideológico no marxista y una estética plebeya, el peronismo no podría ser incluido —nadie en su

sano juicio podría sostenerlo— dentro de las tradiciones de izquierda.

Pero el problema es que no solo de tradiciones viven los movimientos políticos. Y el peronismo no escapa a esa ley. Y tampoco puede evitar la transformación en su seno que produjo una pragmática democratizadora, modernizante, distribucionista y plebeyzante, esto último pensado como una de las formas más profundas de igualitarismo. Muchas de las transformaciones sociales y civiles que instauró el peronismo en los periodos 1943-1955, 1973-1976, 2003-2015 e incluso entre el 2019-2023 no han podido ser puestas en práctica por las izquierdas declamativas más revolucionarias de la historia. Por esa razón, si el peronismo no fue de izquierda, en algunos aspectos se le pareció mucho.

Por supuesto que podrían enumerarse todos aquellos elementos que se desvinculan de formas ideológicas de izquierda: el militarismo, ciertas maneras autoritarias, el mantenimiento de las formas de producción capitalistas, su aparato de propaganda, sus secciones especiales, su anticomunismo fundado, su concepto de conciliación de clases, la emergencia de un personaje menor como José López Rega, las políticas de ajuste y el entramado represivo de los años 1975-1976; la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina), el neoliberalismo abrazado por Carlos Menem en los noventa y la lista podría continuar ampliándose con ejemplos.

Pero también es cierto que no hubo mayor distribución de la riqueza que en sus gobiernos, que ha sancionado leyes que pertenecían a tradiciones progresistas—como la plena igualdad jurídica de las mujeres, el sufragio femenino, el divorcio, el matrimonio igualitario y la interrupción voluntaria

del embarazo, entre otras—, que por cada López Rega hay un Borlenghi o un Bramuglia, que por cada Menem hubo un Kirchner traccionando al peronismo al progresismo, que el fenómeno de la izquierda peronista en los sesenta y setenta, con Cooke, entre otros, fue quizá el proceso de izquierdización más concreta y profunda de la historia argentina, que las organizaciones sindicales fueron las más poderosas de América Latina, que las políticas feministas, y las mejoras materiales de la población han sido producto de su pragmática o al menos de su intencionalidad permanente.

¿Es esto positivo o negativo en sí mismo? No es posible determinarlo fehacientemente excepto por cuestiones subjetivas, afectivas o identitarias. Posiblemente, el peronismo no sea una cosa o la otra, sino la agregación de elementos contradictorios: quizá no sea de izquierda ni de derecha, sino de izquierda y derecha. Que no sea Perón o Evita, López Rega o Cooke, Menem o Cristina sino todas esas dicotomías posibles (hay infinitas en el movimiento) relacionadas en una conjunción copulativa permanente, sintetizadora, pluralizante, fecunda y también muchas veces fallida. El peronismo, aun en contra de sus deseos imaginarios no se construye identitariamente como una serie sucesiva de disyunciones lógicas, la o permanente, por ejemplo, se amalgama en el territorio de la y acumulativa.

Una última cuestión en materia de izquierda y derecha. Si bien la tradición del peronismo no es de izquierda, el posicionamiento como jugador extrasistema durante los años de la proscripción construyó hacia el interior de su identidad un fuerte núcleo de referencias contraculturales que se mantuvo, alimentado o no, hasta principios de la tercera década

del siglo XXI. El peronismo se vivió a sí mismo como una contracultura constante –salvo el interregno del menemismo– en el sistema político y cultural argentino. Esa cuestión no transforma su esencia, no la arrincona hacia tradiciones de izquierda –más allá del encuentro entre nacionalismo popular y marxismo en los años sesenta, por ejemplo, con Juan José Hernández Arregui–, pero lo posiciona a la izquierda en el sistema político.

Y en este punto quiero detenerme para concluir esta idea.

El peronismo no es de izquierda, en términos identitarios, pero está posicionado a la izquierda en el sistema métrico ideológico y político argentino. Ninguna experiencia con verdadera vocación de poder en la Argentina, con capacidad de incidencia en las cinco dimensiones de análisis de la política (ver capítulo 4), puede posicionarse a su izquierda: no lo estuvo la oligarquía agroexportadora y la Década Infame en los años treinta, no lo estuvo la Revolución Libertadora, ni la dictadura militar, no lo estuvo ni siquiera Angeloz frente al primer Menem, ni el macrismo frente al kirchnerismo. Y tampoco lo estuvo recientemente el presidente Javier Milei frente al candidato peronista Sergio Massa. Quizá la excepción fue la elección de 1983 con un Raúl Alfonsín muy revesado de progresismo frente un Ítalo Luder muy desdibujado. Por eso, en términos estrictamente políticos y dentro de la dialéctica de lo posible, lo real, lo concreto, el peronismo siempre estuvo a la izquierda del espectro político.

Volvemos a la pregunta sencilla: ¿es esto positivo o negativo en sí mismo? La pregunta no nos dice nada. Es superflua, banal. Es una discusión que tiene algún sentido solo para aquellos sectores de izquierda que quieren rechazar al

peronismo o acercarse a él. Sin embargo, hay algo interesante que surge de este análisis: el sistema político de la Argentina hegemónica está tan corrido a la derecha que un movimiento nacionalista popular y socialcristiano, que en Europa sería visualizado como de derecha, en nuestro país queda posicionado, indudablemente, a la izquierda.